

CARLOS REYES

EL INICIO

Me senté a observar a la serpiente que mira con ojo amenazador. Me senté a mirar cómo pasa el agua debajo de canoas y balsas revelando el nacimiento del mundo.

Ukamara es ojo de agua, la galaxia recién explorada, la unidad sideral y esmeralda como huevo de perdiz.

EL AMOR

Nadie podrá amarse en esta fecunda tierra sin tu
consentimiento, oh poderosa Ukamara.

La tranquilidad está aquí: la felicidad, el agua y el corvo
arcoíris.

He zarpado, incontenible navegante entre miríada de
árboles, tronando / rugiendo,

como bomba nuclear he reventado el silencio en los límites
del mundo.

Todo nacimiento de lo natural es el inicio del Universo
Creciente, del Universo Vaciente y del Verbo Primordial.

Todo movimiento infusorio es una explosión de afecto
animal, de búsqueda del otro, de entequeias y fecundación
de siete colores.

Confieso que solo pudimos amarnos entre los matorrales,
tú lo sabes, oh poderosa Ukamara, nos fundimos

con la piedad de nuestros cariños, en un círculo radical
inflamado.

Hemos venido aquí para sembrar estrellas, hemos veni-
do aquí para observar cómo los celestes gusanos de la
Lupuna son puertas en la rápida noche,

Por aquí, oh grandiosa Ukamara, han pasado los barcos cubiertos de sangre y leche de árboles mutilados.

Aquí los viejos trastos, arrinconados asesinos, varados en las playas, se han vuelto portentosos urinarios de los inadaptados, violentos ataúdes donde las aves depositan

sus desechos.

Y tú, Ukamara, portentoso territorio de sueños y cosechas, te desprendes del planeta como un celestial cohete que atraviesa el principio de la vida y avivas la bronca acumulada en los aguajales.

Y tú, Ukamara, hablas desde las malocas y haces públicos los poemas dispersos sobre el pasto, aquellos que libran cruentas cruzadas desde el tiempo primordial hasta el fin de los siglos.

DIOS

Ukamara creó los astros errantes en el infinito y encajó el microbio que preñó a la boa de donde nació el primer hombre.

Las chacras de plátano y de tabaco crecen bajo su protección y sus hojas se derraman por los capilares de la tierra y por el impetuoso corazón de los montaraces.

Ukamara es la estela en el oscuro firmamento, es la resina venenosa del anfibio acate Phyllomedusa, es la energía del cazador de paujiles y del pescador de sábalos.

En su corazón de manatí los lagos y las quebradas se muestran apacibles y los ríos despiertan temprano con el chasquido de los delfines y el zumbido de los insectos.

El cóndor que anida en las nubes y observa la hecatombe del mundo se rinde ante Ukamara y le aprovisiona con su único huevo en señal de reverencia.

Un Dios indescriptible y despierto acompaña las tierras y la vegetación de los campos mojados por el Universo Creciente.

El rayo que parte árboles cuando llueve y el trueno que aterroriza a los navegantes se derrumban ante Ukamara.

La candela que arde en el monte revela el quehacer humano y en la soga de los muertos miran su acelerada mutación.

El horno nuclear ardiendo por millones de años es Ukamara, la luz y el calor que emana hace saltar a grillos y escarabajos y calienta las playas universales del Amazonas.

BARRIZALES

Para Guillermo Ramírez Vela

UNO

Sobre el lienzo vegetal —llanchama de los hombres y los animales— descansa un Dios de ciénaga, iluminado, inmutable, que nos recuerda los memorables acontecimientos de los abuelos.

Vivos, despiertos, los cultivos transpiran sus olores de medicina hacia los nubarrones que caerán luego sobre los fértiles barrizales de Ukamara.

El sol no descansa en su trabajo eterno de generar comida. Así celebran los hombres y las mujeres de la prolongada aldea.

El aire que pasa aviva el maíz, la sandía y el arroz que florece; el melón que deja caer su fragancia, el pepino verde y la cañabrava que se descubre desde lejos.

La tierra se ha resquebrajado igual que en movimiento sísmico, pero no hay destrucción sino nacimiento: el huevo y la semilla

que se enciende. En otro espacio se declara el charco que se empoza donde se cuecen los peces y donde los muchachos capturan los astros que los salvará de la muerte.

Ukamara es el barrizal que derrama el germen del inicio, pero también es el gusano que come la hoja de la yuca.

En el sosiego de la tarde los barrizales escupen sus excreciones cuando las muchachas recogen agua de la quebrada.

El planeta gira sempiterno igual que desde hace millones de años y Ukamara despierta sensato y único sobre la tierra.

DOS

Cuando el agua baja su caudal aparecen los barrizales. Como un neonato que aspira el primer golpe de aire en las salas de maternidad son estas ciénagas en donde nacen las plantas, los microbios y los reptiles que aguardan.

Lejos están los pueblos. Lejos se oye el sonido de los motores fuera de borda. Solos los perros y las aves nos sugieren la eventualidad del tiempo y la distancia, la carcoma de las horas recorriendo la extensión de un extraño

sedimento que se conecta con la dilatación de la palabra. Prominentes, sumergibles, terapéuticos, la abundancia húmeda y las cuarteadas tierras por el astro vitamina D se mantienen solitarias e incólumes.

Las nubes atemorizan con su aspecto de caballo erguido, el agua de los cielos es lo que amamos para que florezca la naturaleza fango. La lluvia cae como granos y golpea los rostros, el cetico esconde los cuerpos, las aves se guardan entre los árboles que la naturaleza ha mantenido por siglos.

PLATANARES

Ukamara es el planeta que sostiene sembríos emergentes, alfombra húmeda cuando llueve, telón ardiente cuando el sol abrasa.

La tierra en el inicio fue una masa de microbios aglomerados en las charcas estancadas de Ukamara.

Platanares. ¿A dónde se desplazan los platanares? ¿A dónde van? ¿A dónde se deslizan por las depresiones?

En las cumbres del conocimiento, Ukamara enseña el credo de la naturaleza y el plátano macho engorda succulento y pesa menos en los frágiles botes.

Contra la ignorancia se exalta la ciencia y la sabiduría ancestral: el plátano crece desde su corazón y son arremetidos por loros, monos

y perros del monte. En sus hojas secas se esconde el cascabel como una máquina mortal que te envuelve con la mirada.

1. Platanares.

2. Platanares.

°3. Platanares.

La lluvia es menos dolorosa debajo de las hojas y el río cercano nos da de beber. Y bebemos.

Por las noches los fantasmas nos advierten con silbidos y caminan sin camisa ni zapatos: son niños desnudos frente al mundo, Ukamara.

Platanares.

Por el camino entre platanares se escapan los hombres para evacuar sus despojos fisiológicos abono de las tierras

y entre las hojas verdes preguntaremos por la hora cuando el retorno sea la descomunal certeza de la esperanza.